

MORALES CHOCANO, Daniel. *Historia Arqueológica del Perú (del paleolítico al imperio Inca)*. Lima: Milla Batres, 1993, 676 p.

Este libro, es el primero de los seis tomos que componen el *Compendio Histórico del Perú* a cargo del doctor Pablo Macera.

Obras de síntesis, como la de Morales<sup>1</sup>, son muy útiles en la medida que ofrecen un panorama del proceso histórico andino —antes de la invasión europea— al público en general, poco acostumbrado a la técnica y a veces oscura pluma de los arqueólogos.

Un esfuerzo pionero en esta línea fue *Andean Culture History* (1949) de Wendell Bennett y Junius Bird. Entre los posteriormente publicados destacan: *Perú Before The Incas* (1967) donde Edward Lanning conjuga la propuesta de la escuela de Berkeley con su experiencia andina; y *De los Pueblos, de las culturas...* (1969) de Luis G. Lumbreras, quien discute —desde una perspectiva marxista— las versiones precedentes. Ambos pueden considerarse clásicos del género.

Entre las contribuciones más recientes destaca *Perú Hombre e Historia* de Duccio Bonavia (1991); además de estas obras “unipersonales”, tenemos una serie de trabajos colectivos, como el dirigido por Richard Keatinge (1988).

Inscrita en esta modalidad la propuesta de Morales comienza con una polémica introducción en la que esboza un agudo panorama de la arqueología nacional. Según sus propias palabras

La arqueología en el Perú es pues historia de sabios, extranjeros, coleccionistas, huaqueros y traficantes de grandes descubrimientos, del pasado sin gloria ni proyección al futuro, de museos, de gabinetes, de estafa académica y de renacimiento, pero en todo ello poco hay de arqueología científica” (p. 27).

Seguidamente (capítulo I) procede a la delimitación espacial de su trabajo. En este punto discute la noción de *área cultural*, distinguiendo las propuestas antropológicas (Wissler 1926, Kroeber 1934, Steward 1947,

---

1. Licenciado en la U.N.M.S.M. con la tesis *Investigaciones arqueológicas en las salinas de San Blas (Junín) y sus implicancias en el periodo del Formativo de la sierra central del Perú* (1977). Ha realizado estudios de maestría en la P.U.C., pertenece al equipo de investigadores del Instituto de Historia Rural Andina y es profesor de la U.N.M.S.M.

Meggers 1954) y arqueológicas (Bennett 1948, Lumbreras 1979) sobre el asunto. El autor acertadamente señala que para definir las áreas culturales, los arqueólogos deben basarse en criterios diacrónicos, antes que en la extrapolación de las áreas culturales actuales.

A lo largo de todo el trabajo —y especialmente en los capítulos II y V— se recalca la importancia del paleoclima para la cabal comprensión del pasado andino. Tanto los *optimum climaticum* como los fenómenos del Niño, son debidamente considerados al momento de realizar la explicación. Muchas de las diferencias entre las formas de ocupación en las diversas zonas del área andina son explicadas recurriendo a la ecología.

Es en la periodificación —elemento clave de toda síntesis— donde se incurre en grave descuido, al mezclar estadios y periodos, confundiendo lo cronológico con lo evolutivo. El trabajo comienza con las *Tradiciones líticas* (capítulo IV), el *Arcaico* (capítulo VI) y el *Formativo* (capítulo VII), pasando luego al periodo *Intermedio Temprano* (capítulo VIII), *Horizonte Medio* (capítulo IX), *Intermedio Tardío* (capítulo X) y finalmente al *Imperio Inca* (capítulo XI).

Antes que una crítica puntual a cada capítulo, vamos a discutir aquí el asunto de la secuencia propuesta por Morales, remitiéndonos a los antecedentes.

Ante la diversidad de interpretaciones y criterios para organizar la historia andina precolombina, John Rowe (1962) propuso la utilización de los periodos (unidades de tiempo o contemporaneidad) antes que estadios (unidades de semejanza cultural). Esto permitía clasificar el material sin necesidad de recurrir a comparaciones culturales, que al parecer habían resultado bastante arbitrarias. Desde entonces, la secuencia de Ica (elaborada por Rowe, Menzel y Dawson) sirvió como referencia “maestra” para establecer los Horizontes e Intermedios. Los primeros se caracterizaban por la uniformidad estilística, los otros por la diversidad.

En 1967 Edward Lanning, estudioso del llamado “precerámico” y de los orígenes de la cerámica en los Andes, complementará el trabajo de Rowe. Denominará *Inicial* al periodo ubica entre la aparición de la cerámica y el Horizonte Temprano, y dividirá en seis periodos el estadio *Precerámico*.

Preocupado por lo evolutivo antes que por lo cronológico, Lumbreras (1969) adapta las propuestas de Gordon Willey y plantea una secuencia ba-

sada en estadios antes que en periodos. Desde entonces, ambas posiciones quedan claramente distinguidas<sup>2</sup>.

En tal sentido pensamos que no es lícita la propuesta de Morales, dado que confunde conceptos contrapuestos. Los efectos de esto se pueden observar especialmente en los capítulos dedicados al Formativo (concepto evolutivo) y al Intermedio Temprano (concepto cronológico).

El *Formativo*, término introducido por arqueólogos norteamericanos en la década de los cincuenta, es una especie de consolidación neolítica andina y se inicia —por definición— con la introducción de la cerámica. Como bien se señala, en los Andes Centrales cabría hablar de un “Formativo sin cerámica” (p. 235), dado que muchos rasgos típicos de este periodo se presentan en los Andes Centrales antes de cualquier modalidad alfarera.

Seguidamente, el autor, critica la división del Formativo en Temprano, Medio y Superior, sin por ello dejar de utilizarla. El término Formativo Temprano, no sería útil, considerando que la cerámica llega (de Colombia, Ecuador y/o Brasil) bastante desarrollada y evolucionada. Para explicarlo, se argumenta que la alfarería se habría introducido por intercambio matrimonial. El proceso

no sólo sería unilineal, sino múltiple y de carácter matrilineal, con descendencia unilineal, lo cual ha permitido aislar estos tres componentes /Pandanche, Wairajirka —Tutishcainio y Ancón— Curayaco/ que se procesan en forma paralela en el Perú” (p. 237).

Como bien reconoce Morales, se trata de una hipótesis “muy subjetiva”, imposible de aprobar agregaríamos.

Al referirse a lo Pre-Chavin —periodo Inicial de Lanning— el autor distingue entre lo arquitectónico, lo cerámico y lo iconográfico, brindándonos un panorama interesante, especialmente al tratar acerca de Pacopampa, sitio de la sierra norte en el que ha trabajado.

---

2. Posteriormente (1981: 24) Lumbreras ha reconocido la dificultad de trabajar con estadios, proponiendo la utilización de categorías de valor comparativo, sin compromiso terminológico. Entre tales categorías estarían: el origen de la cerámica, los orígenes de la formación urbana, etc. Bonavia (1991) ha utilizado un esquema de este tipo en su libro de síntesis.

Chavín es considerado como una síntesis, como la culminación de un proceso. En líneas generales se siguen los cuestionamientos planteados por Richard Burger (1984, 1989) a las concepciones tradicionales de lo Chavín, que debe ser caracterizado como un “horizonte efímero”.

El autor concluye el capítulo contradiciéndose: luego de haber rechazado la mentada división del Formativo (p. 236) procede a dividir a las “sociedades teocráticas” en pre-Chavín, Chavín y pos-Chavín; en esencia lo mismo. (p. 302).

Los problemas que acarrea la anotada confusión entre periodos y estadios, son patentes en el siguiente capítulo (VIII), dedicado al *Intermedio Temprano*. Luego de proceder a la ya clásica enumeración de estilos pertenecientes al “horizonte blanco sobre rojo” Morales olvida que por definición (Willey 1948, Lumbreras 1969) tal proceso pertenece al Formativo superior. Lo más notable es que en las múltiples láminas que acompañan el capítulo, se hace mención a vasijas: Vicús del “Formativo Tardío” (p. 323) y Salinar del “Formativo Tardío” (p. 325); término aparentemente rechazado por el autor. El capítulo concluye con un resumen sobre la cuestión moche, enfatizando en el asunto iconográfico (Hocquenghem 1987).

El problema Wari, respecto al que tan enconadas posiciones existen, está claramente resumido en el noveno capítulo. Morales sostiene que el proceso urbano andino es distinto del europeo por lo cual debemos descartar “cualquier esquema procesar usado para el análisis en el viejo mundo, caso revolución urbana” (p. 401). Critica decididamente la noción de “imperio” (Isbell, Lumbreras, etc.) y siguiendo los planteamientos de Ruth Shady (1982) afirma que el Horizonte Medio se habría caracterizado por la interacción regional de diversos estados.

La incorporación del testimonio etnohistórico es una novedad fundamental en los capítulos dedicados al *Intermedio Tardío* y al *Imperio Inca*. En el primero Morales describe algunas de las principales culturales del periodo. En los casos más conocidos (Chimú, Cajamarca, Chancas, Chancay, Chincha, Astos) no hay mayor novedad. Por el contrario, son interesantes los acápite dedicados a los grupos étnicos de Huánuco y Lima. En este último caso el problema está claramente planteado, siguiendo las investigaciones de J. Bazán (1992).

Al tratar de los incas no hay mayor discusión. El autor revisa los antecedentes arqueológicos cusqueños, que indicarían que los incas fueron un

grupo proveniente del altiplano. Antes de esta penetración, la zona del Cuzco se habría caracterizado por la presencia de la cerámica Killke, que representaría diversas etnias. Acertadamente, se distingue entre la noción arqueológica de cultura y la etnohistórica de etnia. Aclara que la presencia de un estilo cerámico no indica necesariamente la existencia de una sola etnia. Como en el caso de los Ichma en Lima, en Cuzco, varias etnias compartían un mismo estilo cerámico.

Para la caracterización de los incas, se sigue la propuesta imperial de Waldemar Espinoza. Respecto al éxito de la invasión europea, Morales se adhiere a la tesis básica de *La destrucción del Imperio de los Incas* (1981) del mismo autor. El descontento de las etnias sometidas por los incas habría ocasionado que apoyasen a los invasores para conseguir su libertad.

Finalmente el libro contiene un anexo sobre la *Arqueología Amazónica del Perú*, que sintetiza los conocimientos del autor sobre el área de su especialidad. Aunque la inclusión de este capítulo ya constituye un mérito, hubiera sido óptimo que toda la información estuviere articulada al resto del libro.

En resumen la propuesta de Morales puede caracterizarse por sus altibajos: mientras hay algunos temas bien tratados (Intermedio Tardío) hay otros que no son siquiera resúmenes (Intermedio Temprano, Incas). En muchos casos se abunda en datos que no llegan a ser concatenados por falta de un sustento metodológico sólido. Una introducción más larga o un capítulo dedicado a aclarar la organización del texto serían indispensables. Es sintomático que el autor no haya incluido un cuadro sinóptico del proceso tratado.

Puede decirse que el texto carece de organicidad básica, sin embargo el autor tiene agudas y pertinentes reflexiones: como aquella en la que señala la tendencia a huarinizar lo Tiahuanaco y lo Nascoide y a chavinizar los estilos regionales parecidos (p. 435); uno de los más graves defectos de la arqueología de los setentas.

Quisieramos hacer dos acotaciones técnicas, generalmente dejadas de lado, a pesar de ser necesarias. La primera es respecto a los gráficos, que ocupan más de 300 de las 676 páginas del libro. La escala es indispensable en toda foto arqueológica, especialmente si se trata de material cerámico o lítico. En algunos casos la gran cantidad de láminas interrumpe en vez de

completar la lectura. Por último creemos que un corrector de estilo hubiese sido muy útil.

Considerado como testimonio generacional, el libro de Morales es invaluable. Ninguno de sus contemporáneos peruanos ha escrito un trabajo de síntesis sobre el Antiguo Perú.

Aún hoy, la “representación” que tenemos acerca de nuestro pasado más remoto es la propuesta de los que fueron maestros del autor (Duccio Bonavia, Rosa Fung, Ramiro Matos, Rogger Ravines y especialmente, Luis Lumbreras). Esperemos que el ejemplo sea seguido.

*Gabriel Ramón J.*